

La voz del Papa en el CELAM

BUENOS AIRES, 28 de enero. (AP).—El Papa Juan Pablo II habló hoy en la Conferencia del Episcopado Latinoamericano que se realiza en esta ciudad. El tema del mensaje de Su Santidad es como sigue:

Amados hermanos en el Episcopado,

Esta hora que tengo la dicha de vivir con vosotros, es ciertamente histórica para la Iglesia en América Latina. De esto es consciente la opinión pública mundial, son conscientes los fieles de vuestras iglesias locales, son conscientes sobre todo vosotros que seréis protagonistas y reponsables de esta hora.

Es también una hora de gracia, señalada por el paso del Señor, por una particularísima presencia y acción del espíritu de Dios. Por eso hemos invitado con confianza a este espíritu, al principio de los trabajos. Por esto también quiero ahora suplicaros como un hermano a hermanos muy queridos: todos los días de esta conferencia y en cada uno de sus actos, dejados conducir por el espíritu, abrid a su inspiración y a su impulso; sea él y ningún otro espíritu el que os guíe y conforte.

Bajo este espíritu, por tercera vez en los veinticinco últimos años, obispos de todos los países, representando al Episcopado de todo el Continente Latinoamericano, os congregáis para profundizar juntos el sentido de vuestra misión ante las exigencias nuevas de vuestros pueblos.

La conferencia que ahora se abre, convocada por el venerado Pablo VI, confirmada por mi indivisible predecesor Juan Pablo I y reconfirmada por mí como uno de los primeros actos de mi pontificado, se conecta con aquella, ya lejana, de Río de Janeiro que tuvo como su fruto más notable el nacimiento del CELAM. Pero se conecta aún más estrechamente con la II Conferencia de Medellín, cuyo décimo aniversario conmemora.

En estos diez años, cuánto camino ha hecho la Humanidad, y con la Humanidad y a su servicio, cuánto camino ha hecho la Iglesia. Esta III Conferencia no puede desconocer esa realidad. Deberá, pues, tomar como punto de partida las conclusiones de Medellín, con todo lo que tienen de positivo, pero sin ignorar las incorrectas interpretaciones a veces hechas y que exigen sereno discernimiento, oportuna crítica y claras tomas de posición.

Os serviré de guía en vuestros debates, el documento de trabajo, preparado con tanto cuidado para que constituya siempre el punto de referencia.

Pero tendréis también entre las manos la exhortación apostólica "Evangelii Nuntiandi" de Pablo VI, con que completados sentimientos el gran pontífice aprobó como tema de la conferencia: "El presente y el futuro de la evangelización en América Latina".

Lo pueden decir los que estuvieron cerca de él en los meses de preparación de la asamblea. Ellos podrán dar testimonio también de la gratitud con la cual él supo que el telón de fondo de toda la conferencia sería este texto, en el cual puso toda su alma de pastor, en el ocaso de su vida. Ahora que él "carró los ojos a la escena de este mundo" (Cf. testamento de Pablo VI) ese documento se convierte en un testamento espiritual que la conferencia habrá de escudriñar con amor y diligencia para hacer de él otro punto de referencia obligatoria y ver cómo ponerlo en práctica. Toda la Iglesia os está agradecida por el ejemplo que daís, por lo que hacéis, y que quizás otras iglesias locales harán a su vez.

El Papa quiere estar con vosotros en el comienzo de vuestros trabajos, agradecido al "Padre de las luces de quien desciende todo don perfecto" (Sant. 1, 7), por haber podido acompañaros en la solemne misa de ayer, bajo la mirada materna de la Virgen de Guadalupe, así como en la misa de esta mañana. Muy a gusto me quedaría con vosotros en oración, reflexión y trabajo; permaneceré, estad seguros en espíritu, mientras me reclama en otra parte de escudriñar con amor y diligencia para hacer de él otro punto de referencia obligatoria y ver cómo ponerlo en práctica. Toda la Iglesia os está agradecida por el ejemplo que daís, por lo que hacéis, y que quizás otras iglesias locales harán a su vez.

Es un gran consuelo para el pastor universal constatar que os congregáis aquí, no como un simposio de expertos, no como un parlamento de políticos, no como un congreso de científicos o técnicos, por importantes que puedan ser esas reuniones, sino como un fraternal encuentro de pastores de la Iglesia. Y como pastores tenéis la viva conciencia de que vuestro deber principal es el de ser maestro de la verdad. No de una verdad humana y racional, sino de la verdad que viene de Dios; que trae consigo el principio de la auténtica liberación del hombre: "Conoceris la verdad y la verdad os hará libres" (Jn. 8, 32); esa verdad que es la única en ofrecer una base sólida para una "praxis" adecuada.

Vigilar por la pureza de la doctrina, base en la edificación de la comunidad cristiana, es pues, junto con el anuncio del Evangelio, el deber principal e insustituible del pastor, del maestro de fe. Con cuánta frecuencia ponía esto de relieve San Pablo, convencido de la gravedad en el cumplimiento de la caridad, nos urge siempre la unidad en la verdad.

El amadísimo Papa Pablo VI, en la exhortación apostólica "Evangelii Nuntiandi", expresaba: "El Evangelio que nos ha sido encomendado es también palabra de verdad. Una verdad que nos hace libres y que es la única que procura la paz del corazón; esto es lo que la gente va buscando cuando anunciamos la buena nueva. La verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo... El predicador del Evangelio será aquel que, aun a costa de renuncias y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitirse a los hombres. No vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar... Pastores del pueblo de Dios: Nuestro servicio pastoral nos pide que guardemos, defendamos y comuniquemos la verdad, sin reparar en sacrificios" (E. N., N. 78).

Ad Assentium, 14). Tampoco vosotros, obispos de hoy, cuando estas confusiones se dieren, podéis callar.

Es la recomendación que el Papa Pablo VI hacía en el discurso de apertura de la conferencia de Medellín: "Habla, predicad, escribid, tomad posiciones, como se dice, en armonía de planes y de intenciones, acerca de las verdades de la fe, defendiéndolas e ilustrándolas, de la actualidad del Evangelio, de las cuestiones que interesan la vida de los fieles y la fidelidad de los costumbres cristianas." (Discurso de S. Pablo VI, 1).

No me cansaré yo mismo de repetir, en cumplimiento de mi deber de evangelizar a la Humanidad entera: ¡no temáis! ¡abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! ¡abrid a su potencia salvadora, las puertas de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y el desarrollo (Homilía del S. Padre en el comienzo solemne de su pontificado, Oct. 22).

VERDAD SOBRE LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Maestros de la verdad, se espera de vosotros que proclaméis sin cesar y con especial vigor en esta circunstancia, la verdad sobre la misión de la Iglesia, objeto del credo que profesamos y campo imprescindible y fundamental de nuestra fidelidad. El Señor la instituyó como comunidad de vida, de caridad, de verdad (L. G., N. 9) y como cuerpo, "plera", y sacramento de Cristo en quien habita toda la plenitud de la Divinidad (L. G., N. 7).

La Iglesia nace de la respuesta de fe que nosotros damos a Cristo. En efecto, es por el acogida sincera a la buena nueva, que nos reunimos los creyentes en el Nombre de Jesús para juntos el reino, el constructo, vivirlo (E. N., N. 13). La Iglesia es "congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz" (L. G., N. 9).

Pero por otra parte nosotros nacemos de la Iglesia: ella nos comunica la riqueza de vida y de gracia de que es depositaria, nos engendra por el bautismo, nos alimenta con los sacramentos y la palabra de Dios, nos prepara para la misión, nos conduce al desigmo de Dios, razón de nuestra existencia como cristianos. Somos sus hijos. La llamamos con legítimo orgullo Nuestra Madre, resistiendo un título que viene de los primeros tiempos y a través los siglos (Cf. Henri de Lubac, Meditation Sur l'Église).

Hay pues que llamarla, respetarla, servir, porque "no puede tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre" (Cipriano, sobre la Unidad, 6, 8), "no es posible amar a Cristo sin amar a la Iglesia a quien Cristo ama" (E. N., N. 16) y "en la medida en que uno ama a la Iglesia de Cristo, posee el Espíritu Santo" (San Agustín, In Ioannem Tract. 1, 8).

El amor a la Iglesia es título que entera hecha de fidelidad y de confianza. En el primer discurso de mi pontificado, subrayando el propósito de fidelidad al Concilio Vaticano II y la voluntad de volcar mis mejores cuidados en el sector de la eclesiología, invite a tomar de nuevo en mano la constitución dogmática "Lumen Gentium" para meditar "con renovado afán sobre la naturaleza y misión de la Iglesia. Sobre su modo de existir y actuar... no solo para lograr aquella comunión de vida en Cristo de todos los que en el Crey y esperan, sino para contribuir a hacer más amplia y estrecha la unidad de toda la familia humana" (primer mensaje de Juan Pablo II a la Iglesia y al mundo, 17 de octubre).

Repito ahora la invitación, en este momento trascendental de la evangelización en América Latina: "La adhesión a este documento del Concilio, tal como resulta iluminado por la tradición y que contiene las fórmulas dogmáticas dadas hace un siglo por el Concilio Vaticano I, será para nosotros pastores y fieles el camino cierto y el estímulo constante —digno de nuevo— en orden a caminar por las sendas de la vida y de la historia" (IBID.).

No hay garantía de una acción evangelizadora seria y vigorosa, sin una eclesiología bien cimentada.

Primero, porque evangelizar es la misión esencial, la vocación propia, la identidad más profunda de la Iglesia, a su vez evangelizada (E. N., N. 14-15; L. G., N. 3).

Enviada por el Señor, ella envía a su vez a los evangelizadores a predicar: "No a sí mismos, sus ideas personales, sino un evangelio del que ni ella, ni ellos son dueños y propietarios absolutos para disponer de él a su gusto" (E. N., N. 15). Segundo, porque "evangelizar no es nada más que un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial, un acto de la Iglesia" (E. N., N. 60) que está sujeta no al poder discrecional de criterios y perspectivas individualistas, sino de la comunión con la Iglesia y sus pastores" (E. N., N. 60). Por eso una visión correcta de la Iglesia es fase indispensable para una justa visión de la evangelización.

Como podría haber una auténtica evangelización, si faltase un acatamiento pronto y sincero al sagrado magisterio, con la clara conciencia de que sometiéndose a él, el pueblo de Dios no acepta una palabra de hombres, sino la verdadera palabra de Dios" (CS. 1, Tps. 2, 13; L. G., N. 12). "Hay que tener en cuenta la importancia "objetiva" de este magisterio y también defenderlo de las insidias que en estos tiempos, aquí y allá, se tienden contra algunas verdades fides de nuestra fe católica". (Primer mensaje de Juan Pablo II a la Iglesia y al mundo, 17 octubre 1978).

Conozco bien vuestra adhesión y disponibilidad a la cátedra de Pedro y el amor que siempre le habéis demostrado. Os agradezco de corazón, en el nombre del Señor, la profunda actitud eclesial que esto implica y os deseo el consuelo de que también vosotros contéis con la adhesión leal de vuestros fieles.

En la amplia documentación, con la que habéis preparado esta conferencia, particularmente en las aportaciones de numerosas iglesias, se advierte a veces un cierto malestar respecto de la interpretación misma de la naturaleza y misión de la Iglesia. Se alude por ejemplo a la separación que algunos esta-

UNIDAD ENTRE LOS OBISPOS

Esta será ante todo unidad entre vosotros mismos, los obispos. "Debemos guardar y mantener esta unidad" —escribía el obispo San Cipriano en un momento de graves amarguras a la comunión entre los obispos de su país— sobre todo nosotros, los obispos que presidimos en la Iglesia, a fin de testimoniar que el episcopado es uno e indivisible. Que nadie engañe a los fieles ni altere la verdad. El episcopado es uno... (de la Unidad de la Iglesia, 68).

Esta unidad episcopal viene no de cálculos y maniobras humanas sino de lo alto: del servicio a un único Señor, de la animación de un único Espíritu, del amor a una única y misma Iglesia.

Es la unidad que resulta de la misión que Cristo nos ha confiado, que en el Continente Latinoamericano se desarrolla desde hace casi medio milenio y que vosotros lleváis adelante con ánimo fuerte en tiempos de profundas transformaciones, mientras nos acercamos al final del segundo milenio de la redención y de la acción de la Iglesia.

Es la unidad en torno al Evangelio, del cuerpo y de la sangre del Cordero, de Pedro vivo en sus sucesores, señales todas diversas entre sí, pero todas tan importantes, de la presencia de Jesús entre nosotros.

Como habéis de vivir, amados hermanos, esta unidad de pastores, en esta conferencia que es por sí misma señal y fruto de una unidad que ya existe, pero también anticipo y principio de una unidad que debe ser aún más estrecha y sólida: ¡emprezáis estos trabajos en clima de unidad fraterna: sea ya una unidad un elemento de evangelización.

UNIDAD CON LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS, PUEBLO FIE

La unidad de los obispos entre sí se prolonga en la unidad con los presbíteros, religiosos y fieles. Los sacerdotes son los colaboradores inmediatos de los obispos en la misión pastoral, que quedaría comprometida si no renasce entre ellos y los obispos esa estrecha unidad.

Sujetos especialmente importantes de esa unidad, serán, asimismo, los religiosos y religiosas. Si bien como ha sido y sigue siendo importante la contribución de los mismos a la evangelización en América Latina.

Aquí llegaron en los albores del descubrimiento de los primeros pasos de casi todos los países. Aquí trabajaron continuamente al lado del clero diocesano. En diversos países más de la mitad, en otros, la gran mayoría del presbitero está formado por religiosos. Bastaría esto para comprender cuánto importan, aquí más que en otras partes del mundo, que los religiosos no sólo acepten, sino busquen lealmente una insoluble unidad de miras y de acción con los obispos. A estos conato el Señor la misión de apacentar el rebaño. A ellos corresponde trazar los caminos para la evangelización.

No les pudiese, a los estos debí la colaboración, a la vez responsable y activa, pero también dócil y confiada de los religiosos, cuyo carisma hace de ellos agentes tanto más disponibles al servicio del Evangelio.

En esa línea grava sobre todos, en la comunidad eclesial, el deber de evitar magisterios paralelos, eclesialmente inaceptables y pastoralmente estériles.

Sujetos, asimismo, de esa unidad son los seglares, comprometidos individualmente o asociados en organismos de apostolado para la difusión del reino de Dios. Son ellos quienes han de consagrar el mundo a Cristo en medio de las tareas cotidianas y en las diversas funciones familiares y profesionales, en íntima unión y obediencia a los legítimos pastores.

Este don precioso de la unidad eclesial debe ser salvaguardado entre todos los que forman parte del pueblo peregrino de Dios. En la línea de la "lumen gentium".

DEFENSORES Y PROMOTORES DE LA DIGNIDAD

Quiénes están familiarizados con la historia de la Iglesia, saben que en todos los tiempos ha habido admirables figuras de obispos profundamente empeñados en la promoción y en la valiente defensa de la dignidad humana de aquellos que el Señor les había confiado. Lo han hecho siempre bajo el imperativo de su misión episcopal, porque para ellos la dignidad humana es un valor evangélico que no puede ser despreciado sin grande ofensa al Creador.

Esa dignidad es conculcada, a nivel individual, cuando no son debidamente tenidos en cuenta valores como la libertad, el derecho a profesar la religión, la integridad física y psíquica, el derecho a los bienes esenciales, a la vida... es conculcada, a nivel social y político, cuando el hombre no puede ejercer su derecho de participación o es sujeto a injustas e ilegítimas coerciones, o sometido a torturas físicas o psíquicas, etcétera.

No ignoro cuántos problemas se plantean hoy, en esta materia, en América Latina. Como obispos no podéis desinterosaros de ellos.

Se que os proponéis llevar a cabo una seria reflexión sobre las relaciones e implicaciones existentes entre evangelización y promoción humana o liberación, considerando, en campo tan amplio e importante, lo específico de la presencia de la Iglesia.

Aquí es donde encontramos, llevados a la práctica concretamente, los temas que hemos abordado al hablar de la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre.

Si la Iglesia se hace presente en la defensa o en la promoción de la dignidad del hombre, lo hace en la línea de su misión, que aún siendo de carácter religioso y no social o político, no puede menos de conllevar al hombre la integridad de su ser. El Señor delineó en la parábola del buen samaritano el modelo de atención a todas las necesidades humanas (Lc. 10, 29-35). Y el modelo de atención a todas las necesidades humanas (Lc. 10, 29-35). Y el modelo de atención a todas las necesidades humanas (Lc. 10, 29-35). Y el modelo de atención a todas las necesidades humanas (Lc. 10, 29-35).

